

## *Introducción*

Hace ya treinta años que una parte muy considerable de mi vida gira en torno a la literatura o tiene que ver con ella. Tenía once o doce cuando por primera vez las novelas de Julio Verne, leídas y releídas con una pasión inextinguible, me hicieron concebir la idea de escribir novelas yo también. No creo que eso sea un síntoma de una vocación ya inevitable, de uno de esos destinos ya trazados desde la primera infancia que los escritores gustan tanto de atribuirse. A los doce años me imaginaba a mí mismo escribiendo novelas igual que me imaginaba haciéndome aventurero o náufrago en una isla desierta, o maestro de escuela, o carpintero, cualquiera de esos futuros posibles que se inventan los niños y que no suelen llegar a existir nunca. A imaginarme confortablemente naufragado y feliz en una isla del Pacífico le dedicaba mucho más tiempo que a las ensoñaciones sobre literatura.

El caso es que desde muy joven me dio por leer casi cualquier libro que cayera por azar en mis manos, y que poco a poco fui adquiriendo la costumbre de escribir cosas, sobre todo versos y diarios, en lo cual tampoco es que me distinguiera mucho de tanta gente de esa misma edad. Se aducen muchas tonterías para explicar la afición a escribir: el disgusto ante la realidad, la sublimación de los instintos inconfesables (pero ahora que caigo, gracias a la televisión ya no quedan instintos que lo sean), el deseo de inventarse una identidad imaginaria, etcétera. Pero casi todo el mundo está más o menos disgustado con su vida, y tiene deseos que no puede satisfacer, y se imagina que es mejor de lo que es, y sin embargo no todo el mundo se dedica a la literatura.

---

A mí sólo se me ocurre una explicación satisfactoria: yo me dedico a la literatura, a leer y a escribir, porque me gusta muchísimo, porque me gusta más que casi cualquier otra actividad, salvo una o dos que no digo, y porque al llevar tantos años dedicado pertinazmente a lo mismo he logrado cierta inevitable soltura, lo cual vuelve aún más grata esa misma afición. También me gusta mucho la música, pero no tengo conocimientos técnicos como para dedicarme a ella ni para ser capaz de analizarla al mismo tiempo que la escucho. Quiero decir que mi capacidad de escuchar una música es mucho más limitada que mi capacidad de leer una página. También me gustan muchísimo la pintura y el cine, pero con respecto a ellos me encuentro en la misma posición que con la música: un aficionado voluntarioso, pero sin bagaje técnico, y sin ambición de pasar más allá del mero gozo de la contemplación.

Esto me lleva a otra evidencia: que la literatura —leer y escribir— es mucho más fácil que la pintura, que la música, y que el cine, más fácil y menos trabajoso, según puede comprobar quien compara el esfuerzo que requiere una página, aun la más conflictiva, y el exigido por el rodaje de la secuencia más sencilla en una película.

Técnicamente, escribir es algo que puede hacer cualquiera, porque la materia de la literatura, el idioma común, es de todos. Lo que un pianista necesita al menos diez años para dominar —el lenguaje de la música— lo sabe cualquiera, en el reino de las palabras, a los tres o cuatro años, y sin el menor esfuerzo. Un pianista necesita un piano, un director de cine necesita sumas aterradoras de dinero, máquinas, gente, cables, focos. Para escribir yo sólo necesito un ordenador, y si no tengo ordenador me arreglo con un cuaderno y un bolígrafo, y aun cuando voy paseándome y no tengo cuaderno ni bolígrafo puedo ir ensoñando historias. Algunos de los instantes decisivos de lo que yo he escrito me han surgido así, paseándome, o tumbado en la cama, no haciendo literalmente nada, nada más que divagar.

Luego, claro, viene el talento, o la buena fortuna, pero también hay pianistas con una técnica extraordinaria que no llegan a nada. Cualquiera puede leer un libro —al menos mientras no haya triunfado del todo la política educativa de los sucesivos gobiernos españoles—, pero muy poca gente puede leer una partitura. ¿Y quién es capaz de trazar con alguna solvencia el dibujo más sencillo?

Yo creo que si la literatura me ha gustado hasta el punto de dedicarme a ella ha sido porque satisface mi inclinación a la pereza y a hacer las cosas yo solo, y porque no requiere el aprendizaje de ninguna destreza especial, intelectual o manual. A veces me paro a pensar en la manera tan pueril en que me gano la vida y no puedo creerme la suerte que he tenido: sin necesidad de salir de casa, ni de discutir agotadoramente con nadie, sin levantarme temprano para ir a una oficina ni extenuarme en un aula, sin obedecer a nadie, sin la obligación de sonreírle a nadie.

En uno de sus aforismos Nietzsche se refiere a esa gente que enturbia las aguas para hacerlas parecer más profundas: hay un cierto número de personas, más o menos relacionadas directamente con la literatura, que tienen interés en hacerla mucho más oscura y más confusa de lo que es, a fin de adjudicarse a sí mismas una importancia o una profundidad que seguramente poseen, no lo dudo, pero que no tienen nada que ver con el oficio al que yo me dedico y con las cosas que más me gustan de los libros. Muchos eruditos o críticos, sobre todo universitarios, parecen decir lo mismo que Góngora: «Gloria me ha dado hacerme oscuro». Yo sé que la oscuridad tiene más prestigio intelectual que la transparencia, y la confusión que la serenidad, pero también sé que, si la mayor parte de los estudios sobre literatura a la moda de estos tiempos son ininteligibles, casi todas las mejores obras de la literatura pueden ser entendidas y disfrutadas por cualquiera, sin otra condición que un dominio solvente de la lectura y un poco de atención.

De vez en cuando, a lo largo de los diez o doce últimos años, me han pedido que contara mi experiencia personal de la literatura o que escribiera sobre algunos de mis maestros, y yo he procurado hacerlo siempre con un máximo de claridad y franqueza. Cuando he tenido que explicarme en público, he procurado hacerlo por escrito: detesto la improvisación, la charla presuntamente espontánea y en el fondo hecha de muletillas y rutinas, de una autoindulgencia intelectual que se ha convertido en costumbre cuando los escritores van a eso que se llama, algo ignominiosamente, «hacer bolos».

Casi todas las páginas que he reunido en este libro se escribieron para ser leídas en voz alta. Juntas me parece que tienen cierta coherencia, y que componen algo semejante a un itinerario menos intelectual que azarosamente biográfico. Hay cosas que ya no diría como las dije hace tiempo, pero he preferido no tocarlas porque atestiguan los episodios de un aprendizaje que está siempre empezando. Algunos de estos ensayos han tenido una influencia definitiva en mi propio trabajo de ficción: para mí fue providencial, por ejemplo, que Juan Carlos Suñén me encargara el prólogo para *¡Absalón, Absalón!*, obligándome a releer dos veces esa novela, justo en vísperas de ponerme a escribir la versión definitiva de lo que iba a ser mi *Jinete polaco*.

«La invención de un pasado», escrita para ser leída en la Universidad de Harvard, el día del aniversario de Cervantes de 1993, fue recibida mucho más cálidamente por los profesores y alumnos del departamento de español de la Universidad de Virginia; el ciclo de «La realidad de la ficción» me recuerda los días ya raros, ilusionados e intensos de enero de 1991, en vísperas de tantas cosas nuevas de mi vida. «Destierro y destiempo de Max Aub», mi discurso de ingreso en la Academia Española, me trae sobre todo los nervios y el calor insoportable de una tarde nublada de junio, sudando yo a chorros bajo la felpa sofocante de un frac de alquiler...

Soy muy desapegado hacia las cosas que ya he escrito. Nada más terminarlas me alejo de ellas, así que dejan de interesarme enseguida. Si no fuera por la insistencia y el afecto de unas cuantas personas estas páginas dispersas no habrían llegado a convertirse nunca en un libro. Quisiera que la constancia de mi gratitud fuese también una dedicatoria: para Juan Cruz, amigo y editor entusiasta; para Amaya Elezcano, que ha sitiado mi negligencia y mi pereza a golpes de teléfono; para Manuel Rodríguez Rivero, que reúne en una sola persona la cálida lealtad de los mejores amigos y la seriedad concienzuda y laboriosa de un editor anglosajón; y para mi mujer, Elvira Lindo, a quien debo la ocurrencia del único mérito indudable de este libro, su título, la pura alegría, para citar unas palabras de Gómez de la Serna sobre Lope, de *amar y escribir a la sombra del amor*.